

La oposición inexistente

LOS MANUALES ACADEMICOS EXIGEN para que exista democracia, que gobierne el partido que obtuvo la mayoría electoral y que los partidos minoritarios le hagan oposición, con razón o sin ella.

Enseñan también que la oposición cumple dos funciones: ofrecer en el mercado electoral otro programa y otro equipo de gobierno que signifique una opción distinta a la triunfante y canalizar la protesta pública, manteniéndola dentro de la legalidad.

Pero la realidad no siempre se pliega a los manuales que escriben los teóricos e inventa situaciones y circunstancias inéditas imprevistas, como las que estamos viviendo, y en la que no hay quién haga oposición o en la que nadie quiere hacer oposición. Lo que, según los académicos, haría imposible la democracia entre nosotros por carecer de oposición.

En verdad, es una situación bien curiosa. Todos los partidos van a tener parte en el gobierno, mediante la asignación de ministerios y, no lo sé, otras posiciones administrativas. Sin que se trate de un cogobierno multipartidario de estilo frentenacionalista, pues la cooperación política, no comprometerá la función crítica de los partidos minoritarios, ya que los programas y la dirección gubernamental serán los del liberalismo.

Todo lo cual, sin quererlo, agrava el debilitamiento de la oposición, digase lo que se diga en contrario, porque un partido que comparte el gobierno mal puede combatirlo.

Si los científicos de la política decretaron la muerte de las ideologías y el fin de la historia, porque hay unanimidad en que el mejor gobierno es la democracia occidental, y si, como en Colombia, todos los partidos celebran un acuerdo constitucional en que se genera una especie de condominio ideológico sin contradicciones, nuestra democracia está condenada a ser una

democracia en cuyo gobierno convergen todas las tendencias, en la que todos los movimientos políticos son consocios, modelo jamás visto en los libros que describen los regímenes constitucionales.

Sin embargo, al frente está la guerrilla, la subversión armada, que subsumió la oposición al combinar todas las formas de lucha, las legales y las ilegales, esquema muy distinto al de la rivalidad administrada entre afines, porque lleva envuelta una apuesta mortal.

La oposición inexistente tiene que ser suplida entonces con la drasticidad del régimen disciplinario que debe imponer la Procuraduría General de la Nación sobre la conducta oficial de los funcionarios públicos, y con la tecnificación y eficiencia del control fiscal que compete a la Contraloría General de la República.

Pero esos controles internos deben ser complementados por la prensa, vigilante, crítica, veraz informadora de lo que interese a la opinión pública que en las futuras elecciones podrá juzgar con su voto la gestión de quienes la gobiernan y representan.

En estas condiciones, vale repensar la función de los partidos, su institucionalización, su financiamiento estatal y, sobre todo, el sentido que puede tener el llamado estatuto de la oposición en un clima en que todos desertaron de función tan ingrata.

Es indudable que las victorias totales resultan pirricas. Porque hay que compartirlas con los vencidos que resultan aliados y cooperadores, paso de la comedia que no estaba previsto en el libreto.

Antiguamente, en el desfile de la victoria los derrotados iban uncidos a los carros de los vencedores, como parte de los trofeos obtenidos. Hoy desfilan en el equipo de los victoriosos celebrando su triunfo y repartiendo el botín en franca camaradería.

La política viene así a ser el arte de estar siempre en el partido de los ganadores. La competencia democrática es algo como la justa de los trovadores, los juegos florales en que se luce la destreza verbal o deportiva, sin otra consecuencia que la del tamaño del premio conseguido.

Habría que volver por las ideas y por los valores. Pero esa sería una batalla perdida. A Don Quijote lo enterraron definitivamente en algún lugar de La Mancha de quien nadie puede acordarse porque Sancho Panza tuvo la precaución de mantenerlo secreto, y que se sepa, no nos dejó siquiera la esperanza de resucitar algún día.

Luis Carlos Sáchica